



DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 33

Salamanca 15 de Septiembre de 1908

AÑO III

DE MI VIDA

IMPRESIONES

XI



CUANDO á la entrada del Otoño me preguntan los que vuelven de veranear dónde he pasado estos meses, se asombran de que tenga tan buena cara como si hubiese hecho un viaje de recreo, cosa que ahora se considera erróneamente necesario para la existencia. No saben que, aunque me ofreciesen las playas y los campos más amenos, preferiría quedarme aquí. En verano es cuando vienen los españoles á Munich. Hay días que oyendo hablar mi lengua, cuando calienta el sol, creo estar en España. Todas las clases y todas las regiones se agrupan alrededor mío y nuestros hermanos de América, atraídos por la len-

gua materna, se olvidan con gusto de que ya no nos cobija la misma bandera y se acercan á mí. Yo llamo siempre la atención á mis compatriotas sobre las cosas buenas que encierra este país, donde resido hace 25 años, y lo que siento es cuando no puedo enseñarles personalmente todas las organizaciones que desearía ver establecidas en mi España.

* * *

¡Qué alegría tuve al ver por fin á los Marqueses de Comillas entrar en mi casa! Cuando me casé les dije: ¿cuándo vienen á verme? y desde entonces los estaba esperando. En las profundas amistades no existe el tiempo, ni la distancia, y nada impide que los corazones sigan pulsando al unísono. Con los Comillas me sucede lo de aquella leyenda de Fray Luis de León que *si non e vero e ben trovato*; pasarán años y más años sin que nos veamos, pero al vernos siempre empezaremos con aquel "como decíamos ayer". Y tan me parece ayer cuando fuimos á pasar el verano en casa de D. Antonio, una de las figuras de castellano viejo más simpáticas que he encontrado en mi camino. Por aquel entonces no existía del magnífico palacio que hay ahora en Comillas, más que la capilla gótica que con tanto cariño recuerdo. ¡Qué bien he rezado en aquella capilla! ¡Qué bien se reza en aquella *tierruca*! Aún tengo guardadas las *almadreñas* con que cruzábamos el jardín de una casita á otra los días de lluvia. Lástima que no sea costumbre andar por el mundo con zapatos de madera; resisten más que los chanclos. ¡Qué ruido metíamos al colocarlas en fila á la puerta de mi hermano y cuánta alegría se mezclaba en ese detalle!

Hace pocos días, arreglando cosas viejas, vino mi criada con una cinta negra con dorado letrero y me preguntó: ¿qué es esto? Algo que hay que volver á guardar para cuando mi nieto use sombrero de marinero, le contesté. Era la cinta que llevaba entonces en el mío y el letrero decía: "Antonio López"; un nombre que como todo buen español aprenderá mi nieto á pronunciar con respeto. Aquel D. Antonio era un hombre grande, para mí más grande que su misma GRANDEZA; nunca se enorgulleció con los honores; sólo estaba orgulloso de lo que había conseguido con su trabajo. En mi vida olvidaré un día en que, después de hacer maniobrar á presencia

del monarca diez de sus espléndidos trasatlánticos, se puso á pasear tuteándose con los hombres del pueblo y me los presenta diciendo: "Hemos ido juntos á la escuela."

Es natural que aquel hombre dejara tales hijos, como es natural que yo los quiera como los quiero. Han sido cortas las horas que hemos pasado juntos, pero valen mucho los minutos que yo paso con los Comillas.

*
* *

Otra de mis impresiones gratísimas ha sido la visita de la Marquesa de Squilache. Yo la había animado á venir á verme y oír conmigo las óperas de Wagner, y con una compañía tan inteligente y agradable, no me he dormido ni un solo instante en todas las cuatro óperas que forman el anillo de los Nibelungen; bien es verdad que nosotras, al mismo tiempo que los titanes alzaban el Walhalla, íbamos viendo alzarse nuestra Basílica en Alba.

Estábamos muy calladas durante el acto; parecíamos espectadores alemanes, inmóviles en la obscuridad; pero en cuanto bajaba el telón se desataban nuestras lenguas, y después de pagar el tributo debido á Wotan ó Brünhilde con un "magnífico," "soberbio," volvíamos á nuestra idea fija: á España. La Marquesa de Squilache no es de esas personas que se contentan con lamentarse "de que no vayan bien las cosas," como hacen desgraciadamente no pocos compatriotas, sin darse el menor trabajo para que vayan mejor; no, ella ha sido siempre la primera en echar la mano á la obra para remediar todas las necesidades. Y eso es lo que hay que hacer, y no perder el tiempo en suspiros jermiacos. El trabajo, la actividad generosa y el patriotismo no de boca, sino de obras, hará de España lo que todos queremos que sea; de las censuras y lamentaciones no se saca el menor provecho.

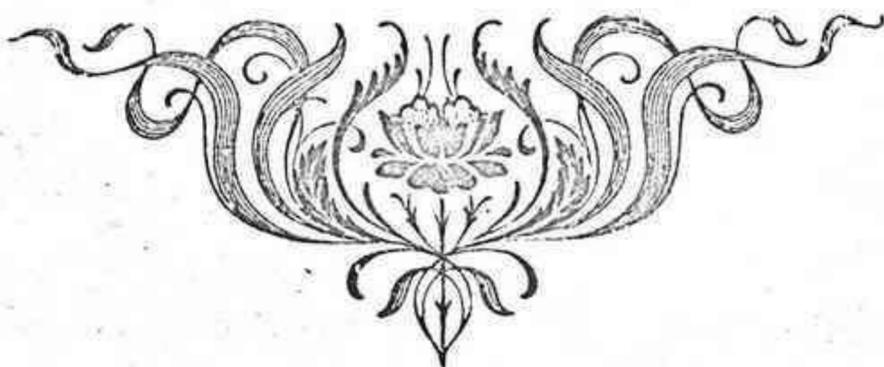
Hemos visitado juntas, naturalmente, el Colegio donde estudian los tres golfos que me trajo D. Gonzalo Sanz, y no hay para qué decir con qué alegría escuchó el plan, que tan bien preparado tiene el joven canónigo para su magnífica obra de regeneración. Con la Marquesa de Squilache se puede contar para todas las empresas de caridad y de provecho.

*
* *

Arte, literatura, inspiración, trabajo, todo se ha puesto estos días á mi disposición para ponerlo yo á mi vez al servicio de España. Uno de los hijos de la Condesa de Casa Valencia, cuya agradable visita he recibido también, me ha ofrecido escribir en nuestra revista y con Moreno Carbonero hemos preparado el terreno para la exposición internacional de Bellas Artes, que se celebrará el año que viene en Munich. Mi casa es una especie de agencia central de España en Alemania.

Me gusta trabajar y que trabajen conmigo para el bien del país; es natural; en cambio me pongo triste cuando no encuentro el camino tan llano como yo deseara, y entonces, sin quererlo, tengo que exclamar: "lástima que no tengamos muchos Comillas y muchas Squilache".

PAZ.





NOTAS DE VIAJE

ALBA DE TORMES

...Salí de Salamanca, población que me dejó deslumbrado con su opulencia monumental, y á poco, muy de mañana, llegué á

aquella tierra de Alba tan nombrada,

según dijo Garcilaso, y á la villa ducal que la señorea.

Encaramada la villa en un peñascal sobre el Tormes, conserva algunos restos de la muralla, casi tocando al río, y en la cima del peñasco el último torreón que queda en pie del palacio de los duques.

Desde esa torre del palacio fortaleza, que en el siglo xv edificó el arzobispo D. Gutierre, primer señor de Alba, de la casa de los Toledos, abarca la vista un extenso horizonte, cerrado en parte por las sierras de Piedrahita y Béjar, las Cuestas de Otero, la Mesa del Carpio y el Arapil del Moro, cabezos los dos últimos muy celebrados, como fronterizos, por la tradición y los romances:

En el Carpio está Bernardo
y el Moro en el Arapil;
como el río va por medio,
no le puede perseguir...

Entre linderos tales se tiende la vega de que cantó el dulcísimo poeta bucólico:

En la ribera verde y deleitosa
del sacro Tormes, dulce y claro río,
hay una vega grande y espaciosa:
verde en el medio del invierno frío,
en el otoño verde y primavera,
verde en la fuerza del ardiente estío.

Allí, á la parte oriental, se divisa el gótico monasterio de San Leonardo, hoy en ruinas, lugar elegido por D. Gutierre de Toledo para su sepulcro; más acá la dehesa que ofrece á las toradas abundantes pastos, y en toda la extensión del terreno arboledas lozanas, y el río que serpea por la llanura espejando en su corriente el ameno paisaje.

Cuanto los ojos ven desde la cumbre lo subyugaba antaño el torreón ducal que ahora, desposeído y caduco, lo contempla con el pesar del vencimiento y atormentado por recuerdos gloriosos, cuanto más gloriosos más amargos.

El caserío y la campiña ni le temen ya ni le honran. La codicia trepó audaz hasta él; desmoronó el ruinoso palacio para levantar con sus materiales nuevas edificaciones y, como si fuese en terreno baldío, cultivó luego el solar de una de las casas más poderosas de Castilla. La Plaza de Toros y algunas viviendas de particulares fueron construídas con aquellos despojos, y el escudo nobiliario de los duques, medallones, capiteles y columnas del palacio aparecen embutidos en la pared de un corral, ó sirven de ornamento á fachadas y portales burgueses.

La señorial fortaleza que Ponz llegó á ver y nos describe en sus *Viajes*, ya no existe: los patios y corredores cercados de marmóreas columnas con estrías espirales; la escalinata de piedra y su magnífico pasamanos; los salones decorados con frescos de Fabricio y Graneli... todo ha desaparecido.

Del palacio histórico que en sus veladas familiares vió al borear el teatro español con las églogas de Juan del Encina, compuestas y representadas para los duques; que fué lugar de reposo grato al más esclarecido de sus señores, aquel genio de la guerra cuya espada combatió durante medio siglo, siempre victoriosa, en Túnez, en Portugal en los Países Bajos... sólo queda en pie, y en el mayor abandono, esa torre de

planta circular que en su interior conservan aún, descoloridas y rotas como un recuerdo incoherente, las pinturas murales con batallas que ganó el gran duque D. Fernando y alegorías de la Fama, de Vulcano y de Marte.

Vuelta la espalda á esas ruinas lastimosas, vive en aquel roquedo la que un tiempo fué renombrada villa de señorío y cobró su libertad á costa de mayores servidumbres y de su decadencia indudable. El gobierno paternal y el valimiento de los duques lleváronla á un estado de gran florecimiento y á disfrutar exenciones y ventajas de que ahora carece. Abandonada á sí misma, ni supo conservar su patrimonio; y resignada con la estrechez á que la redujeron su desmayo y su inacción, mantiene sus esperanzas con hidalgos recuerdos, pues nada revela allí el adelanto de los siglos sino el Tormes, que antes ocioso alegraba con sus cantares la quietud de la noche, y ahora canta trabajando para producir la electricidad con que alumbra el hastío de la vida lugareña.

Pero algo distingue y enaltece á Alba entre los demás pueblos vulgares de Castilla, y es el ambiente místico que le envuelve y le perfuma con los recuerdos de Santa Teresa.

El espiritual aroma que esparce en torno suyo la vida del Serafín del Carmelo todo lo llena, lo ennoblece todo, y atraídos por él van de todas partes viajeros que dan á la población cierto carácter cosmopolita.

Abajo, casi al nivel del Tormes, está el convento de Carmelitas Descalzas, tendido humildemente sobre una sepultura, á la que abraza y besa con amor; la sepultura de su fundadora, de la Madre Teresa de Jesús.

Próxima á morir la Santa en el convento de que hablamos, el padre provincial que le prestaba los auxilios espirituales, y la madre Ana de San Bartolomé, le preguntaron si quería que la llevasen á enterrar á Avila. Ella dijo: "¡Tengo de tener yo cosa propia!... ¿Aquí no me harán caridad de darme un poco de tierra?"

Ese poco de tierra de Alba que le bastó en el mundo, y sólo para abandonar los mortales despojos, la humana envoltura con que peregrinó en los caminos de la gloria, está en la iglesia del convento aquel, en la capilla de Santa Teresa de Jesús: una valla acota el sagrado lugar, y una inscripción recuerda allí las palabras de tan memorable testamento.

En el siglo xvii el santo cuerpo fué trasladado al altar ma-

yor de la iglesia, donde se halla ahora dentro del arcón de plata que Fernando VI mandó labrar y que aparece en el retablo á través de las rejas del camarín, cerradas con tres llaves, que tienen el duque de Alba, el general de la Orden y la priora del convento. Ya se comprende que el camarín ha de abrirse tan sólo en muy solemnes ocasiones.

Pero dos reliquias preciosas expone diariamente la Comunidad á la veneración de los peregrinos: el corazón y el brazo de Santa Teresa, que el padre Gracián dejó en Alba de Tormes para consuelo de las religiosas, cuando el Capítulo provincial de 1585 dispuso que los restos mortales fuesen llevados al monasterio de San José de Avila, donde permanecieron hasta que Sixto V mandó que se devolvieran á su primitiva sepultura.

¡Corazón y brazo: en ellos parece cifrarse todo el ser y la vida de Santa Teresa, pues ellos son el símbolo del amor y de las obras!

Ese corazón muerto, seca flor que aún tiene su perfume en el vaso de cristal guarnecido de plata que le sirve de relicario, ese corazón fué un día herido por el dardo del Serafín y le dejó abrasado con el fuego del divino amor. Ya no aletea dentro del pecho amante suspirando por alzar el vuelo á lo infinito, como la alondra al romper el alba; el día tan deseado llegó ya para aquella que vivió muriendo por morirse y gozar más alta vida.

El latido postrero de ese corazón fué sigiloso golpecito con que la Amada llamó por última vez á las puertas del Amado para unirse con Él eternamente; marcó el instante en que, para recibirla, se abrieron las puertas de la eternidad gloriosa.

Poco antes de morir, cuando le dieron el Viático, exclamaba llena de alegría: "Señor mío y Esposo mío: ya es llegada la hora deseada; tiempo es ya que nos veamos. Amado mío y Señor mío: ya es tiempo de caminar; ya es llegada la hora en que yo salga deste destierro, y mi alma goce en uno con Vos."

Después—dicen testigos presenciales—se echó de un lado en la cama, al modo que pintan á la Magdalena, con un Crucifijo en la mano, vuelta hacia las monjas, y de esta suerte estuvo mucho tiempo absorta en Dios, "haciendo algunas señas exteriores, ya de encogimiento, ya de admiración, como

si la hablaran y ella respondiera...; y muy alborozada y alegre, como sonriéndose, dando tres suaves y devotos gemidos, como de un alma que está con Dios en la oración, que apenas se oían, dió su alma al Señor, quedando con aventajada hermosura y resplandor su rostro como un sol encendido».

Este momento glorioso de la vida de la Santa fué perpetuado en la misma celda en que murió, reproduciéndolo allí plásticamente, conforme al anterior relato y con bastante propiedad en los pormenores.

La celda se halla en el piso bajo del convento y contigua á la iglesia, detrás de un sepulcro que en ésta se ve frente á la puerta de entrada, en el que yacen la hermana menor de Santa Teresa, su esposo Juan de Ovalle y su hijo Gonzalo. El obispo que fué de Salamanca, Sr. Martínez Izquierdo, mandó romper una ventana en la pared medianera, al lado de ese sepulcro, para que pudiera verse la celda desde el templo.

Las monjas, desde su clausura, abren las maderas de esa ventana cuando alguien lo solicita. El aposento aparece iluminado con multitud de luces, y se presenta á la imaginación aquel hermoso cuadro como si la Santa acabase entonces de morir y estuviésemos allí realmente á las nueve de la noche el 15 de Octubre de 1582.

La celda tiene el piso más bajo que el templo, es bastante espaciosa y no hay en ella más ventana que una en la parte superior de la pared del fondo.

Acostada de un lado, el Crucifijo en la mano izquierda, sobre el corazón, y tendido el otro brazo en la roja cobertura del lecho, está la Santa Madre muerta, aunque no lo parece, por la "aventajada hermosura y resplandor de su rostro como un sol encendido". Junto á la cama se ve un sillón; quizás fué llevado allí para agasajar á la gran duquesa de Alba, D.^a María Enríquez, amiga de la Santa y muy devota suya, que pocas horas antes estuvo á visitarla por última vez...

En la augusta quietud de la bendita celda sólo se oye el chisporrotear de los cirios.

Ya no vive reclusa allí la que con pluma de diamante ensanchó las fronteras del espíritu abriendo claros horizontes á las almas contemplativas; la que luchó heroicamente en el mundo hasta vencer á los enemigos del alma y conquistar el cielo para sí y para cuantos siguen su doctrina y el ejemplo de sus virtudes. El alma pura, que desde las profundidades

de la vida conversaba con Dios y se elevaba á Él en vuelos místicos, quedóse allá esta vez para siempre.

¡Celda consagrada por sus recuerdos; venerables reliquias; tierra de Alba que las guardó incorruptas: para consuelo de los corazones cristianos os abraza con sus muros el santo monasterio!

Arrodillado humildemente al pie de la peñascosa colina, abre al cielo los brazos de la cruz que le corona, y no lejos de él crece la Basílica monumental que la piedad de los españoles construye á Santa Teresa.

Y arriba, en la cumbre del cerro, está el caduco torreón de los señores de Alba, atormentado por recuerdos gloriosos, cuanto más gloriosos más amargos.

¡Así pasan las glorias del mundo!, dice al resbalar por la llanura el Tormes, rimando su canción eterna.

J. MENÉNDEZ PIDAL.





NUESTRAS ROMERAS

Por la senda guijosa del monte,
que en pausada ascensión culebrea,
y de brezos, lentiscos y jaras
 guarnece su vera,
una tarde en que el sol se despide
purpurando el crestón de la sierra
y vertiendo en los prismas de esquisto
un torrente de atómicas perlas,
sin notarse en sus ojos desmayo,
sin notarse en su espíritu pena,
 bizarras, joviales,
 piadosas, esbeltas,
van subiendo... subiendo á la cumbre
nuestras valerosas y alegres romeras.
Con el alba saltaron del lecho,
y es un día afanoso el que llevan
 salvando montañas,
 cruzando florestas,
 sesgando rastrojos,
 trepando laderas
y aguantando del polvo candente
volátiles llamas que su tez agrietan.
Quien las vió caminar por el bosque
 de hirsuta maleza
con la vista muy alta... en el cielo,
con la planta muy firme... en la tierra,
con la dulce ilusión en el alma
y el donaire sabroso en la lengua,
si fué tal que atisbó los prodigios
de la fe generosa y austera,
 tal vez asombrado
veneró como santa su empresa,
y apuntó con envidia sus gozos
y besó con respeto sus huellas;

si fué tal que llegó á contemplarlas,
pero nunca acertó á comprenderlas,
tal vez en sus labios
se enroscó una mueca

que después se tradujo en sonrisa,
¡disfraz alquilado de la ruín vergüenza!

Lo que ellos no hicieron
lo alcanzaron ellas.

¡Baldón de los hombres!

¡Blasón de las hembras!

¡Amazonas valientes del Tormes!

No temáis que se borre la estela
de aquellas hazañas,

grandes como vuestras,

que turbaron el sueño de Aníbal,

cuando Aníbal llamó á vuestras puertas.

Los siglos volubles rodando trajeron

torbellinos de extrañas ideas

que inundaron de luz los espacios

y poblaron de amor las conciencias.

Vosotras vivisteis

en campos de niebla;

nosotros vivimos en medio del foco
que al edén nuestras almas orienta.

Mas, cuanto á la sangre,

ni hay falla ni mengua.

Los mismos impulsos,

iguales proezas,

invariable filón de heroísmo

en la savia que fluye á las venas.

¡Animo y arriba,

gloriosas viajeras!

Que ya ensancha la sierra sus pliegues,

y surge en el fondo la histórica cuesta

que en sus riscos engasta el Santuario

de la célebre Virgen Morena.

✱✱

¡Ya es nuestra la cima...!

Descansemos un poco en la hierba,

respirando en el diáfano ambiente

raudales de vida, fragancia y belleza.

¡Qué hermoso paisaje!

Aquí Dios recargó su paleta

de luces y tonos, de fuentes y brisas,

de nidos y arrullos, de flores y esencias.

Quiso hacer su verjel preferido

de la fértil sierra

y tender un tapiz opulento
 al pie de la roca de ingente silueta
 que escogió como trono su Madre
 para ser la Reina
 del bendito girón de mi patria,
 que la adora, regala y festeja.
 En el áspero ciclo de invierno
 la nieve la ciñe de nítidas pellas;
 en las tardes fogosas de estío



La Virgen de la Peña de Francia.

la escolta con rayos la brava tormenta;
 crepúsculos suaves en el tibio otoño
 y albas opalinas en la primavera
 de irisados matices recaman
 la basílica augusta de piedra.
 Y allá van los más tiernos suspiros,
 y allá van las más íntimas quejas,
 los votos más castos,
 las preces más buenas
 del serrano que, abajo en la hondura,
 con sus rudas labores se aquella.
 Si ama á una rapaza
 con la tez de seda,
 los ojos de endrina
 y el alma de peña,
 á la Virgen confía su arcano,
 porque de la Virgen su remedio espera.
 Si un odioso edicto

le engancha á la guerra,
 prende la medalla
 al revés de la humilde chaqueta,
 y las últimas gotas de llanto
 á los pies de la Virgen las deja.

Si el nublado arrasa
 sus pingües cosechas,
 si invade sus viñas
 voraz filoxera,

si el contagio penetra en su choza
 y su choza de lágrimas siembra,

si nace, si muere,
 si sana, si enferma,
 su Virgen querida,
 su Virgen trigueña

será siempre su amor y su encanto,
 su gala y su perla,
 su dicha y su ensueño,
 su imán y su estrella.

¡Y no hagáis mohines!

¡Y no habléis mal de ella!

Porque si la sangre serrana lo entiende...
 con sangre, es palmario, que laváis la afrenta.



Tañe la campana;
 la noche se acerca;
 y es preciso que ya saludemos
 á la Madre que allí nos espera.

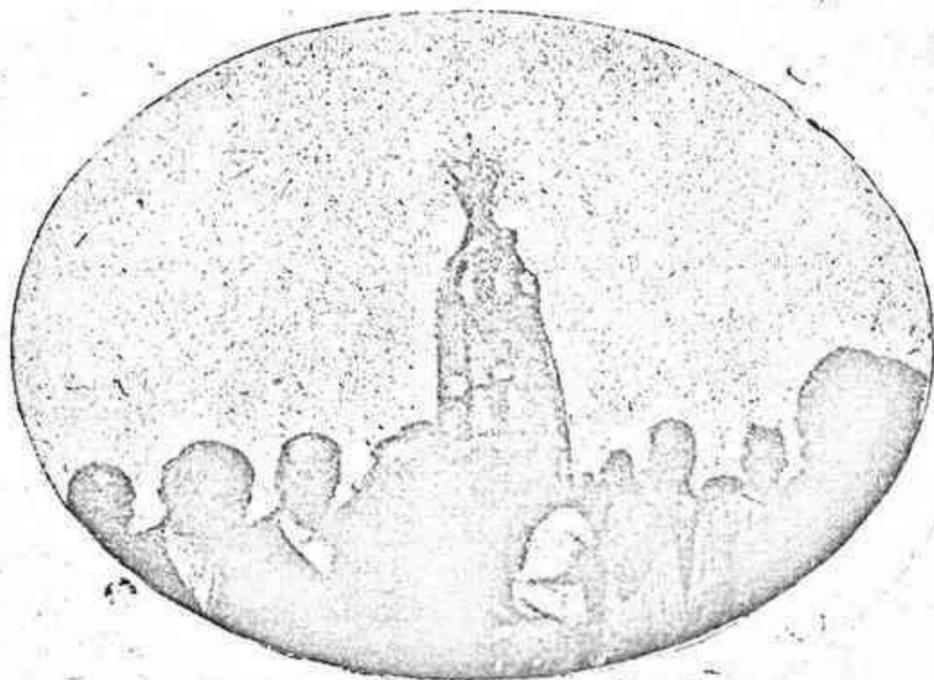
Tres naves robustas
 contornan su iglesia.

con sendos pilares y ojivas airoas
 que esbeltez á sus bóvedas prestan.
 De los arcos enormes trenzadas
 guirnaldas de rosas artísticas cuelgan,
 y hay flamantes arañas que brillan,
 y olorosos pebetes que humean,
 y floreros de fino repujo,
 y blandones de indígena cera,
 y frontales de rico estampado,
 y preludios sonoros de orquesta.

La gente se apiña,
 el repique arrecia,
 la música estalla,
 el salmo comienza,

y entre el pueblo ferviente que aliña
 al hondo testero la mirada inquieta
 brota un ruido genial de zozobra,

cunde un sordo rumor de marca,
 ola de cariño,
 eco de impaciencia,
 porque la cortina tarda en descorrerse,
 y la que es su gloria no se les revela...
 De pronto, en el coro, con vibrante ritmo
 la marcha real suena;
 y, al solemne compás de sus notas,
 mil ojos, mil labios, mil palmas se elevan,
 y bullen mil pechos,
 y cantan mil lenguas,
 y mil corazones, ébrios de entusiasmo,
 sus latidos de amor atropellan.
 ¡Es ella!... Su Virgen.
 ¡Es ella! Su Reina,
 triunfadora, sublime, esplendente,
 sugestiva, adorable y excelsa.
 En su faz de bruñida caoba
 con engaste de pálidas cejas
 resaltan preciosos dos grandes luceros,
 dos brillantes de linda faceta,
 dos soles, tomados del cielo más puro,
 para hacer sus pupilas risueñas.



La Virgen de la Peña de Francia en andas durante
 la procesión.

Su cabello flotante se esponja
 en menudas hebras
 cual manojos de brotes delgados
 en florida y gentil madre selva.
 Su plácida frente,
 que en dos óvalos parte la crencha,
 vése coronada
 de imperial ostentosa diadema.

El niño hechicero está en su regazo,
 como está en su corola la yema,
 con un beso en los labios que escapa
 como el pajarillo que á volar se estrena.
 Y es tan lleno de magia el conjunto,
 y es la amable visión tan casera,
 que el pueblo de hinojos
 con extático amor se embelesa
 y prorrumpe en frenéticos vivas
 que asaltan vibrando la diáfana esfera.
 Y en sus góticas naves el templo,
 y en sus picos tajados la quiebra,
 y en sus raudas espiras el aire,
 y en sus hojas movibles ia selva,
 y en sus cóncavos senos el cielo,
 y en sus hondas gargantas la tierra,
 todos, todos con dulce armonía
 repiten del himno la mágica letra:
 —¡Gloria á Dios, que en la sierra nos puso
 para nuestra dicha la Virgen Morena!



Caí en el delirio
 subyugado por tanta grandeza.
 El alma se me iba, á modo de incienso,
 tras aquella dulzura materna,
 y le dije, pensando en mi patria,
 yo no sé si plegarias ó endechas:
 —¡Madre del Dios santo!
 ¡Soberana de cielos y tierra!
 ¡Ídolo bendito de todas las razas
 que son grandes y puras y buenas!
 Mira nuestro escudo como está afrentado;
 mira nuestras aras cómo están maltrechas;
 cuán pobre es la sangre,
 la vida cuán yerma,
 cuán mustio el viñedo,
 cuán ruín la cosecha
 Cuando el hombre de Dios se desprende,
 Dios al hombre también le desprecia;
 y un sarmiento privado de savia
 ó se pudre, ó se troncha ó se quema.
 ¡Princesa adorada de nuestros hogares!
 En los trances de ruda pelea
 nunca cierras la luz de tus ojos
 para quien te invoque, te cante y te quiera.
 ¡España está triste!
 ¡España está enferma!

Fiebre de añoranzas,
 pesadilla de glorias añejas
 de quien fué en otros tiempos gigante,
 y se ve convertida en pigmea.

Una de esas tus manos mimosas
 que plasmaron la miel y la cera
 con una caricia

puede bien disipar su dolencia.

¡Acércala, oh Madre!

¡Pásala por cima de nuestras flaquezas!

Que, donde hubo llagas,
 broten azucenas;

Que, donde hubo acibar, lágrimas y hieles,
 nazcan joyas, matices y esencias.

Que tornen los tiempos

de auroras sin bruma, de tardes sin niebla,

de sol sin eclipse, de fe sin zozobra,

de amor sin recelo, de dicha sin pena.

Bendice á tu pueblo,



Vista panorámica de la Peña de Francia.

bendice á la sierra,
 que atesora sus ansias más nobles
 en el relicario de la santa Peña.

Y á mí, peregrino, que en la humana ruta
 con chorros de sangre salpico la arena,
 aunque en horas de insano extravío
 puse llanto en tus ojos de perla,
 no me dejes, oh Madre, en las garras
 de esa aleve hiena

que se llama la culpa y es siempre
 hedionda como ella, como ella funesta.—

* * *

Restregué mi pupila. Un concierto
 de voces sutiles, graciosas y frescas
 me excitó del profundo deliquio

que alejó mi atención de la fiesta.
Cantaban las mozas
la antigua leyenda,
y estiraban el tosco romance
con lánguidos dejos y largas cadencias.

Otra vez volteó la campana;
y la gente en bandadas dispersa
con gesto expresivo
saludaba á su Virgen Morena.

Las últimas fueron,
yo lo ví con gentil complacencia,
las últimas fueron en tal despedida
nuestras animosas y firmes romeras...
Me fijé en sus rostros... ¡y estaban radiantes!
Me fijé en sus almas... y estaban contentas!

ANDRÉS A. POLO.





LA PEÑA DE FRANCIA



DESPUÉS de una caminata más prolija que difícil, en que habíamos experimentado varias clases de vectura, tren, coche, mulo y peonaje, al obscurecer del día 24 de Agosto llegamos á la cumbre de la Peña de Francia un grupo de peregrinos animosos de Salamanca y un enjambre de aldeanos desgranados de los pueblos pintorescos de la Sierra. Para festejar en una misma celebridad pomposa tres fechas de gloria, la independencia española, la aparición de la Virgen Santísima en Lourdes y el jubileo sacerdotal del Sumo Pontífice Pío X, se había convenido entre los Prelados de Salamanca, Plasencia y Ciudad Rodrigo en celebrar un tríduo solemne en el santuario popular, erigido hace siglos, en la cima del escarpado risco, donde se atesoran tradiciones de valor religioso, histórico y patrio, que nuestra comarca no puede desatender. Habría misa pontifical con sermón, procesión y demás ritos de costumbre. Eso todos lo conocéis. Habría además notas inesperadas de típico regionalismo, en que el espíritu del artista se deleitaría tanto como en la contemplación de aquellos dilatados horizontes, poéticas laderas y gigantescas montañas.

¿Qué es la Peña de Francia? Es un cerro altísimo de más de 1700 metros, desprendido de la cordillera Carpeto Vetónica y coronado por una diadema vistosa de rocas enhiestas y agujadas, sobre cuyos últimos macizos se ha construido un templo magnífico de granito á la Santísima Virgen. La tradición es antiquísima y está diseñada, ya que no perfectamente descrita, en las coplas sencillas y fragantes que saben de memoria todos los comarcanos y que cantaban en el trascoro un grupo nutrido de hermosas y arrogantes mozas serranas (1).

(1) Debemos gratitud al Sr. D. Juan Sánchez, de Ciudad Rodrigo, por su amable condescendencia en cedernos algunas de las instantáneas relativas al festival piadoso de la romería, y á la Sta. Amalia Sánchez Hernández, de Mogarraz, por

Me sorprendió gratamente su melodía al penetrar en el santuario, ya de noche, y me puse á escuchar con avaro oído:

Simón Vela fué francés,
y se vino para España;
y en Salamanca le dieron
luz de la Peña de Francia.

Compendiado está aquí el relato del hallazgo feliz de la imagen secularmente venerada. De él y de las vicisitudes históricas del templo y monasterio de Dominicos, encargados de custodiar la celestial preseña, tiene publicada una memoria amena, documentada y piadosa el actual Obispo de Plasencia, Ilmo. Jarrín y Moro.

Cuando los árabes, después de destrozar en la Laguna Janda los últimos restos organizados del ejército godo, se derramaron, como un alud, sobre las feraces campiñas de la península, los cristianos, temerosos de que el fanatismo musulmán se ensañase con los objetos del culto romano, se apresuraron á recaudar las imágenes de más veneración, encubriéndolas en los sitios más inaccesibles, en las grutas más hondas ó en los ángulos más secretos de sus construcciones. Allí hubieron de permanecer años y aun siglos, perdiéndose, en la mayoría de los casos, el recuerdo de la ocultación á las generaciones subsiguientes, más ocupadas en defender su hacienda y vida que en verificar rumores obscurecidos entre el fragor de la batalla.

Con los avances de la reconquista, fueron apareciendo en virtud de numerosas revelaciones muchas de estas efigies escondidas; y su rescate contribuyó á afianzar el valor de los cristianos y á establecer patronatos regionales, casi siempre bajo una ú otra advocación de María, cuya protección visible experimentaban en su lucha secular contra la morisma.

¡Qué bien os dicen los mantos!
Mejor os dicen las sayas,
cuando andáis entre los moros
peleando las batallas.

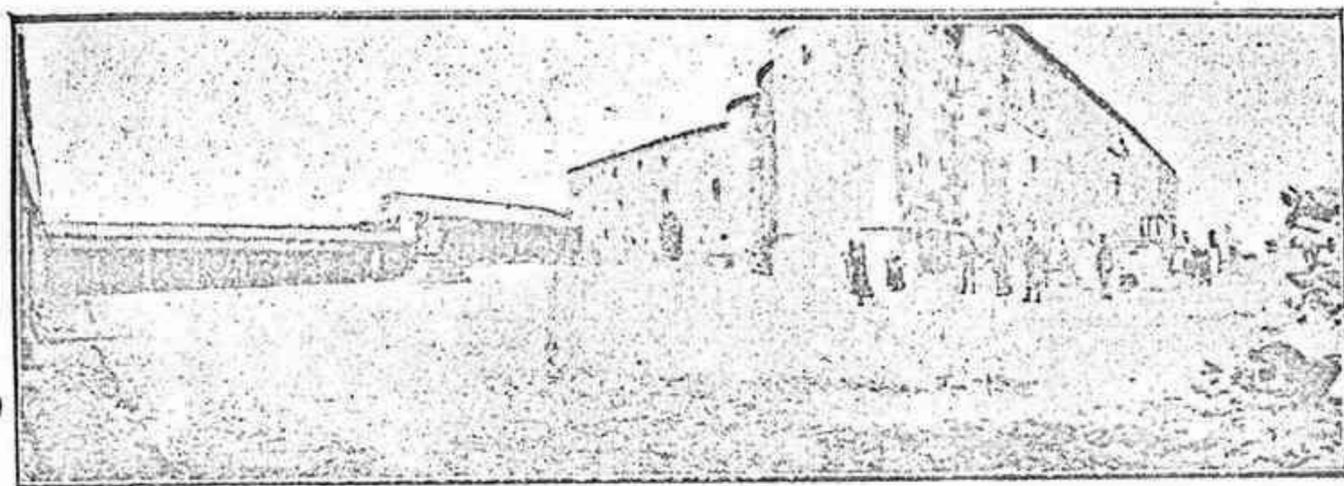
Simón Vela, un peregrino francés, tuvo una de esas infables mociones interiores, que le hicieron caminar, trazar y laborar constantemente, hasta conseguir el milagroso hallaz-

su atención en proporcionarnos los cantares alusivos á la Peña de Francia. ¡Que Santa Teresa premie su obsequiosa bondad!—*N. de la R.*

go de la imagen entre una roca de la cumbre del altísimo cerro llamado Peña de Francia. De su fervorosa actividad da idea aquel cantar:

Virgen, aunque sois morena
del color de la pizarra,
bien os quiso Simón Vela
cuando buscándoos andaba.

Y del encuentro maravilloso de la veneranda imagen hay consignada nota en una lápida empotrada sobre el dintel do-



Plaza, convento é iglesia de Nuestra Señora de la Peña de Francia.

velado de la escalerilla que baja de la capilla la Blanca á la roca tradicional de la aparición:

Debemos á este lugar
reverencia y devoción,
porque en él halló Simón
el tesoro singular
de María que á buscar
anduvo ansioso siete años
por tierra y montes extraños,
y por fin ¡oh gloria nuestra!
sacó aquella que se muestra
remedio de nuestros daños

La suntuosidad del templo construído á su honor, con tanto coste, que el Rey Juan II preguntó si se había hecho de plata, la riqueza de sus alhajas y la pompa de sus fiestas están expresados también variadamente por la musa popular:

Entre riscos y entre peñas
tiene la Virgen su ermita,
y por eso la llamamos
Virgen de la Morenita.

Treinta lámparas de plata
 tenéis en vuestra capilla.
 De corcha es la del pastor,
 se llevó la maravilla.
 De oro tenéis la corona,
 de oro tenéis el vestido.
 Como sois Madre de Dios,
 todo lo tenéis cumplido.
 La corona de la Virgen
 tiene veinticinco piedras,
 los frailes de aquel convento
 todos se miran en ella.

Este último cantar nos indica otro detalle. Desde la erección de este grandioso templo fueron encargados de su custodia y culto los Rvdos. Padres Dominicos; y á vuelta de los azares políticos, que han turbado muchas veces el sosiego de su posesión, ellos siguen allí perseverantes, aunque entristecidos por recordar los expolios y profanaciones de que ha sido objeto durante su ausencia el sagrado recinto.

Ya no hay aquello de:

La Virgen de Francia tiene
 encima de su corona
 dos águilas imperiales
 y el Padre Santo de Roma.
 La Virgen tiene una rosa
 colgadita de su manto
 que se la dió Simón Vela
 el veinticinco de Marzo.

Preciosísima debía ser la corona de la Virgen, cuando tan celebrada anda en labios del pueblo. Por distinguir pormenores, hasta se sabe de dónde procedía.

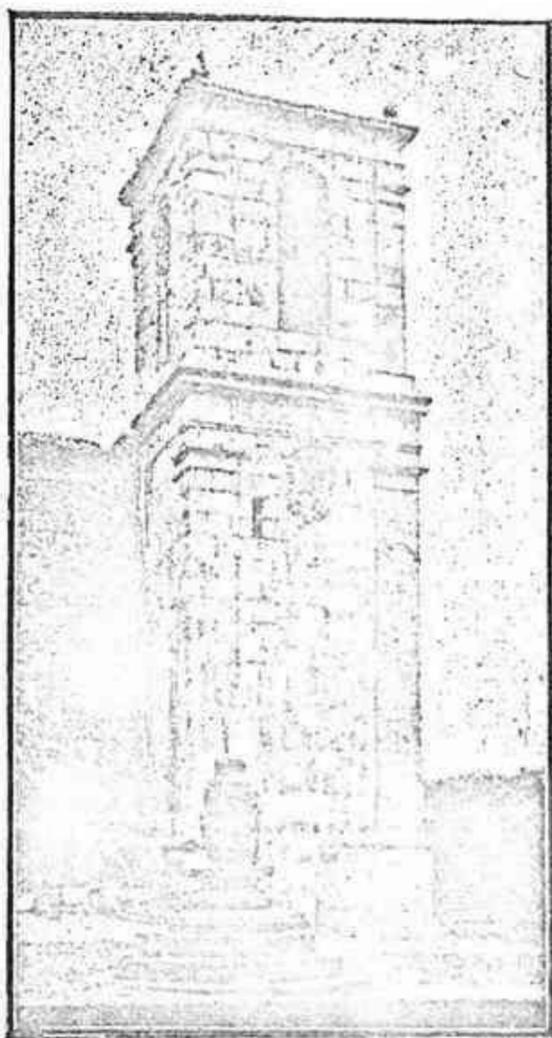
La corona que tenéis,
 Virgen de Francia divina,
 os la trajon regalada
 de la ciudad de Medina.

La devoción de la comarca serrana hacia la Virgen Morena y hacia el niño divino, de quien cantaba también:

¡Virgen de Peña de Francia,
 qué bello niño tenéis
 con el cabellito rubio
 peinadito á lo francés!

se propagó con tanta rapidez y se encendió con tanto entusiasmo, que fué preciso trabajar á pico y hacer una calzada ondulante en el repecho, de la cual quedan aún vestigios, para que los numerosos peregrinos escalásen con menos riesgo aquella cumbre.

Virgen de Peña de Francia,
¡qué compuesto está el camino
para subir y bajar
en vuestro templo divino!



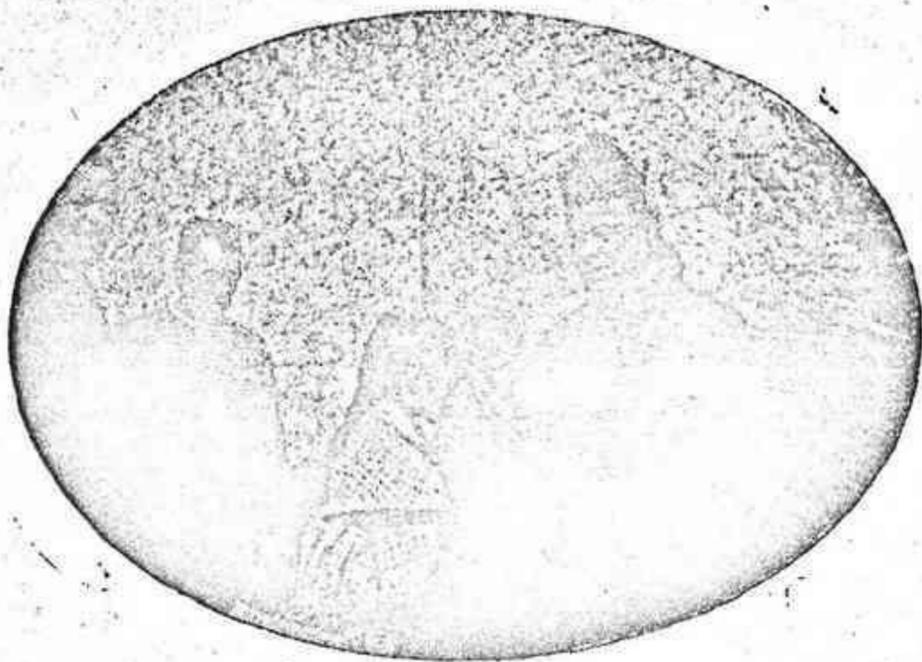
Torre de la iglesia.

Son muchas las personas que prometen subir á pie la altura, y yo he visto seis doncellas que venían descalzas y con los pies hinchados, ensangrentados y casi destrozados de cinco leguas de distancia sólo por amor á su Virgen.

De lejas tierras venimos
saltando de piedra en piedra,
sólo por venir á ver
á esta soberana Reina.

Llegadas las numerosas peregrinaciones á la meseta superior, se disputan la entrada en el santuario:

Tres puertas tiene la iglesia,
entremos por la más chica
á hacerle la reverencia
á la Virgen Morenita.



El Prelado de Salamanca alternando con el pueblo.

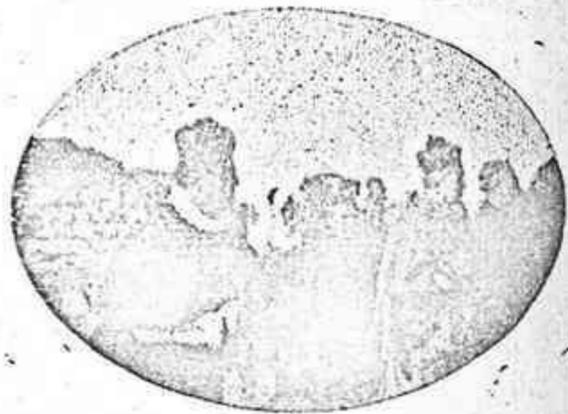
Saben que la intercesión de esa Señora es eficaz delante de su Hijo Divino, y cantan con plena confianza:

La corona de la Virgen
tiene arriba filigrana
y por ella alcanzaremos
la salvación para el alma.

Las cuentas de tu rosario
son balas de artillería,
que todo el infierno tiembla
al decir Ave-María.

Así derrama el pueblo en efusiones poéticas su cariño hacia la Virgen que patrocina la comarca de la Sierra; todos estos cantares escuché yo al grupo de arrogantes y hermosas doncellas serranas.

Mi preocupación desde entonces fué copiarlos para que se divulgasen en nuestra revista y tuvieran sus lectores una noticia de la Virgen de la Peña de Francia auténtica, expresiva, arrancada del alma del pueblo.



Los Prelados de Salamanca y Ciudad Rodrigo cerrando la Procesión.

ADO SPE.



INTELECTUALES



N fin, ello será verdad, pero me da el corazón que debe andar en la causa alguna notita de interés, por cuanto son los que más vocean y se desgañitan periódicos y revistas que, si tienen malas trazas, no digamos nada de los hechos.

Y lo escribo así, porque corre por ahí una fabulilla, en la que van creyendo muchos, porque se afirma, sin más ni más, que son los *intelectuales* los niños mimados de la *ciencia*; hasta el extremo, que todos debemos considerarlos como algo ultra-científico, ultra-social, á modo de raza privilegiada, á quien la misma *ciencia* tiene encomendada la predicación autoritativa del progreso, que llegará en gran velocidad á las hermosas playas de la civilización, mientras los hombres crean á pies juntillas en las pasmosas revelaciones, clarísimas filosofías y, más que nada, en llevar como ellos sombrero redondo con dos hoyicos en delantera y las manos en los bolsillos del pantalón.

Evidente, hombre muy listo, de muchas campanillas.

Ellos, los intelectuales, como ninguno otro de los hijos de Adán, han recibido dones, títulos y papeles, según los cuales declaran como nadie los misterios de la vida; ellos alcanzan las maravillas de la naturaleza, y en un verbo las entienden y en un punto las hacen y deshacen con la misma punta del pie; ellos suben hasta el firmamento, donde corren con las estrellas días felices, consiguen de ellas les descubran el corazón, y complacientes, con sonrisas, anuncien á los sesudos viajeros que los gérmenes de la vida, y con la vida todas las delicias, llegaron á la tierra en las entrañas templaditas de

sus hijos, á los que recibió y apadrinó la *ciencia* con el nombre flamígero de Bólidos. Y después de esto, como está con ellos todo el saber, ensartan una retahíla de cosas estupidas; la fuerza, el movimiento, el fósforo, el equilibrio, el ángulo facial, que vienen á ser como los sustantivos de la especie humana; y juntan á éstas otras lindezas, las cuales (entre paréntesis), han hecho sudar tinta á los pobres para coordinarlas y mucho más para predicarlas á la gente ruda de la civilización, que no entra ni á tiros por tales novelerías, pareciéndoles *eso* de los Bólidos, y del fósforo y del ángulo monerías de gabinete, pero nunca seriedades para creerse.

¡¡Quién lo había de pensar: tantas vigiliass, tantos insomnios, tantos libros, tantas hipótesis para escribir el evangelio del progreso, y ahora ni hay quien lo crea, ni quien lo compre, que es lo peor!!

Del pago á tantos sudores, no digo nada si será ó habrá sido, como ellos dicen, en algo buñlonas sonrisas, ó como parecía natural, en compuestos ramilletes de flores y dulces sonidos de palmadas; pero sí puedo asegurar, para su gobierno, que en estas alturas se respiran buenos aires, y nadie quiere con su dinero comprar dolorosas pulmonías, ocultas muchas veces en el cierzo colado de la irreligión; que pasó aquello de creer en palabras de hombres no más que porque sí, ni mucho menos comulga nadie con ruedas de molino; y sale de ojo á todo el mundo lo del privilegio y la predicación de humanos y divinos progresismos.

Por eso ha ocurrido, para castigo de sus pecados, que vendan pocos ejemplares de sus obras, y que muchos, muchísimos de los que se cuentan entre los cuerdos y avisados, hayan puesto en cuarentena, sino todo, algo de lo que pronuncian labios tan abultados y escriben plumas tan mercenarias. Y si, después de darnos esas noticias, fueran claros y esplicitos, pero quiero yo á los más pintados con un párrafo intelectual ante los ojos, aquellas palabras rebuscadas, aquellos enrevesados períodos, aquellos indescifrables pensamientos; así son de angulosos y quebrados muchos de ellos, y tienen tales vueltas y recodos, que en repetidas ocasiones hay que poner santos y novenas para leer ó averiguar algo del borroso y rayado geroglífico; porque acertar de cara, sin tirones en el acertijo del pensamiento ó del *intelectualismo*, está reservado á inteligencias ultraterrenas; lo único que se

puede sacar en limpio es un lío de confusiones, de donde saldrán, á mucho tirar, los pies fríos y la cabeza caliente, como dice una sentencia vulgar.

No conviene adelantar ideas; lo de la oscuridad y enredos intelectuales es materia muy sabrosa y muy abundante, por lo que justamente reclama capítulo aparte, que hemos de conceder sin grandes ni pequeñas dificultades, sino con mucho placer y contento, por ser uno de los más calculados propósitos de los privilegiados ingenios intelectuales.

Desde luego me parece innegable la existencia del nombre *intelectuales*, y siéndolo, es natural que represente una idea, no como quiera, sino en el orden de la vida y de los hechos; no es, ni mucho menos, algo así como castillo en el aire, porque si tal sucediera, no habría, como ocurre en el día, hombres á los que se da el nombre de intelectuales, y les cae y les parece tan bien, que lo reciben siempre con muestras de mucha complacencia, todo lo cual indica que les viene al pelo la marca intelectual.

Lo mismo sucede con el significado, si no fuera que representa á unos hombres fuera de la línea vulgar, fuera de lo ordinario, jamás hubieran sufrido la etiqueta de intelectuales; de ahí es que, para ellos y sus amigos admiradores, es indiscutible ese dichosísimo *más*, que es en sentido filosófico y social la representación, el título de enviados de la *ciencia*, el *non plus ultra* de la humanidad, de la evolución científico-social en las colectividades larguísimas de las generaciones. Es decir, ellos son en lo humano *lo más hombre*, y en lo científico *lo más sapiente*; nadie negará que esto huele de veras al *yo* de los otros;... la verdad es, que parece mucho.

De donde les venga el ser tan hombres ó más hombres que los demás del linaje humano, es lo que nos ocupará en este y en otros artículos, para que nadie entienda de ellos lo que no son, ni pretenda nadie con imaginaciones y cacareos levantarles más alto pedestal, que el merecido á sus *extraordinarias virtudes*.

Ni se han de medir á todos con la misma medida, porque sería error, cosa tan verdadera, como reconocer en muchos de ellos profundos conocimientos, lo mismo filosóficos que científicos.

TOMÁS V. DEL ARCO.



EL SANTO DESIERTO CARMELITA DE SAN JOSÉ DEL MONTE EN EL VALLE DE LAS BATUECAS

DESCRIPCIÓN, HISTORIA, LEYENDAS Y TRADICIONES

(Continuación)



En dicha plazuela, rodeado de espesas frondas, se levantaba un viejo y corpulento alcornoque, que ya contaba algunas centurias de años cuando los Carmelitas se establecieron en el valle: era uno de los venerables patriarcas de aquellas casi vírgenes selvas de Batuecas. En el apogeo de su vegetación debió de ser altísimo, y su copa extender su sombra muchos metros á su alrededor; pero el tiempo, que todo lo envejece y destruye, le fué menguando fuerza y vigor; el rayo y los huracanes derribaron su altiva copa y cortaron hoy una, mañana otra, sus ramas, dejándole sólo las primeras y más gruesas de la vifurcación de su tronco; los años, la carcoma y la humedad, le corroyeron el corazón, quedándole únicamente su áspera corteza, por la cual circulaba la savia que mantenía su escasa vegetación.

En cambio, las yedras y enredaderas del valle, ayudadas de otras plantas trepadoras, vistieron su desnudez con tupido manto de fresco y verde follaje, bordado con las vírgenes flores del desierto.

Aprovechando, pues, las buenas disposiciones que presentaba el viejo alcornoque, y completando lo que le faltó á la naturaleza, labraron en él los austeros cenobitas una celda-ermita, donde el solitario pudiera pasar sus días entregado á la oración y á la penitencia.

Su interior tenía de cinco á seis pies de diámetro, y unos treinta de circuito exterior; se penetraba en él por un arco de una vara de altura, y dentro había un pequeño y tosco altarcillo, y tres mantas sobre unas tablas, cama del anacoreta, las que tenía que arrollar y dejar á un lado para orar de rodillas: una puertecita de corcho cerraba la entrada, y encima del arco un cráneo humano con los dos huesos cruzados, incrustado en el tronco, y debajo esta sublime inscripción:

«Morituro satis».

Para el que ha de morir basta.

Delante, y protegiendo la entrada, había un portalillo proporcionado á la ermita, hecho de tablas forradas de corcho, y en ellas escrita la siguiente décima:

Quien piensa en la muerte atento,
Fácilmente menosprecia
Palacios que el mundo aprecia
Con tan vano lucimiento.
En este humilde aposento
Se siente de Dios el toque,
Que no hay cosa que provoque
A tan útil desengaño,
Como ver á un ermitaño
Que vive en un alcornoque.

No nos consta, ni hemos podido averiguar claramente, si desde el principio de la fundación del cenobio, habitaron anacoretas esta extraña ermita, pero si así fué, el tiempo se llevó su memoria, conservando en cambio con todos sus detalles la del P. Acebedo, que la dió celebridad, sea porque fué el último de sus ermitaños, sea por el ruido que dió en el mundo su entrada en tan riguroso instituto.

J. VAZQUEZ DE PARGA.

C. de la R. Academia de San Fernando.

(Continuará).



Romería en proyecto.—El insigne Arzobispo de Sevilla, D. Enrique Almaraz, tan conocido por los lectores de LA BASÍLICA como entusiasta teresiano de afecto y de obra, tiene en proyecto una grandiosa peregrinación sevillana para visitar las reliquias de Santa Teresa que se veneran en Avila y Alba de Tormes. Dada la proverbial magnanimidad de aquel Prelado apostólico, es de esperar que su pensamiento realizado sea un acontecimiento digno de figurar entre los fastos más gloriosos de la crónica teresiana.

*
**

De excursión.—El Canónigo de Salamanca, nuestro querido amigo D. Gonzalo Sanz y Hernández, después de haber pasado la temporada estival al lado de SS. AA. RR. D. Fernando de Baviera y D.^a Paz de Borbón en Munich, ha emprendido su regreso á España con un viaje de recreo que comprenderá la línea de Hamburgo á Bélgica, Gibraltar y Marruecos.

¡Deseámosle feliz y deleitosa travesía!

*
**

A la Habana.—El Presbítero D. Florencio Gil Regalado, que entre nosotros ha pasado unos meses de reposo en sus árduas tareas ministeriales, embarcará uno de estos días con rumbo á la Habana. Propagandista fervoroso y práctico de la devoción á Santa Teresa, nos consta que ha sido objeto de especiales distinciones de S. A. R. la Infanta D.^a Paz, cuyo nombre lleva para proseguir con más ahinco y ardor su laudable campaña en la perla hermosa de las Antillas.

*
**

En la Peña de Francia.—Idea excelente fué la de iniciar, ó mejor dicho, reanudar la serie de piadosas romerías que antiguamente se celebraban en el santuario de la Peña de Francia, interrumpidas con motivo de lamentables y sacrílegas profanaciones.

De acuerdo los Rmos. Prelados de Salamanca, Plasencia y Ciudad Rodrigo, acudieron con un número incalculable de peregrinos á tributar homenaje ferviente de devoción á la purísima Virgen que en el renombrado cerro tiene su camarín, su trono y su altar.

Un tríduo solemne con misa de pontifical, orquesta, procesión y sendos sermones alternados de los tres Obispos, ha dejado en los devotos comarcanos una impresión gozosa; y es seguro que con la unión contributiva de todos los elementos valiosos de la región, no tardará mucho tiempo el famoso santuario en reconquistar su primitiva celebridad, esplendor y renombre universal.

Inmensa ventaja sería la construcción del ferrocarril secundario, que, según me refieren, está en activo estudio y que pudiera muy bien, sin olvidar el acceso al Santuario, recoger los productos de los pueblos más aventajados y pingües de la Sierra.



DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASÍLICA EN ALBA DE TORMES

Pesetas Cénts.

Entregado por D. Mariano Gómez Saucedo, Delegado de Sevilla:		
D. Eduardo Paradas Agüera, Presbítero	1	»
Alumnas de la Escuela Normal Superior de Maestras	29	25
Señorita Filomena Etreros, su coro, un mes	1	»
» Filomena Muruve, su coro, un mes.....	1	»
Una Religiosa.....	»	50
Apostolado de la Oración, segundo y tercer trimestre.....	6	»
D. José M. ^a Fernández Díaz, Cura de San Gil de Ecija.....	5	»
Señorita Teresa Lahería, su coro, meses de Enero, Febrero, Marzo, Abril y Mayo.....	5	»
» Eloisa Aceña, sus coros, y siete socias, por un año.....	10	30
» Adela Baños, su coro, dos meses.....	2	»
» Angela Manrique, dos coros, un año.....	24	»
» Amparo Santacruz, un año... ..	1	20
» Modesta Rincón, un año.....	1	20
» Teresa Carlés.....	1	»
Una Teresiana.....	1	»
» devota de Santa Teresa.. ..	4	30
Señorita Margarita Cheix, su coro, un año.....	12	»
» Amparo Cheix, su coro, meses de Marzo, Abril, Mayo y Junio.....	4	»
M. I. Sr. D. Blas de Jesús de la Oliva, Canónigo.....	5	»
Sr. D. Angel Cabezas, Cura-rector de la del Sagrario de Sevilla..	5	»
» Cura de los Palacios.....	1	25
De suscripción recaudada por <i>La Semana Católica</i> de Valencia...	200	»
Entregado por el Sr. Cura párroco de Alba de Tormes:		
De una señora de Plasencia, devota de Santa Teresa de Jesús	125	»
De una señora suscriptora de LA BASÍLICA TERESIANA, de Plasencia.....	15	»
De una señora devota, de Garcirrey	2	50
Entregado por las MM. Carmelitas de Alba de Tormes:		
De las MM. Carmelitas de Palencia.....	30	»
Recogido en los cepillos de su iglesia de Alba.....	29	37
Entregado por D. Florencio Gil.....	1.000	»